

CLARA DE ASÍS

Clara deja sus cabellos
brillantes, cascada de narcisos
y abandonados lirios,
derramados en la espesura.
Su rostro, medallón delicadamente
cromado, pierde su óvalo de belleza
perfecta, cantada por trovadores.

La noche desplegó su manto,
terciopelo negro donde Gea colgaba
sus pequeñas joyas brillantes.
Todos duermen, quizá bebieron
el dulce y especiado vino caliente.
Solo ella vela el silencio para salir
en el sigilo, en la oscuridad de la casa familiar,
pasos de pluma por escaleras y corredores.
La luna había iluminado
el vuelo de su vestido blanco.

La puerta del jardín amurallado
abrió su boca hacía las oscuras calles,
hacia el campo y el camino,
con la llama del amor enamorado
en el pecho, hacia la ermita,
que brillaba bajo el pálido reflejo,
plata empolvada en la noche.

Clara desapegada de sí misma,
detrás quedaron, para siempre,
las bellas sedas, los terciopelos suaves,
las perlas en sus trenzas,
el armiño en su pecho,
la vihuela y el salterio.

Tiene dieciocho años,
con un áspero sayal es ahora
como un paisaje desolado;
sin flores, sin brillo, sin hojas...
Solo fruto ardiente,
su pecho, una casa incendiada.
Arropada con el traje de su verdad,
amor, alegría, entrega, Presencia
vivencia de su Realidad Profunda.

Su vientre, rosa recién abierta
acoge el dolor de los desvalidos
que son sus hijos florecidos,
calor- gozo del amor
entregado y multiplicado

en las manos devastadas
de enfermos y leprosos.

El frío de la ermita es cálido
refugio seguro, la incomprensión,
la violenta oposición de todos
acosan su sueño de mujer libre,
de voluntad inquebrantable,
que se revela a su destino
de Ser sin alma, sin pensamiento...

Pájaros enamorados del canto
de Francisco, pueblan el cielo,
piedras palpitantes de vida,
nubes luminosas trazan el camino,
colmado su ser del gran amor
que se basta y se desborda
en todo lo creado.

Antonia Lazcoz